



1

## Mudanzas San Marcelo

Desde que cumplió los nueve años, Ismael va solo a la parada del autobús escolar, que queda muy cerca de su casa. Más que nada porque su padre es representante de una famosa marca de perfumería, y la mayoría de los días no aparece por casa ni siquiera para dormir. Y su abuela, pobrecilla, se rompió la cadera saltando en paracaídas y aún no se ha recuperado del todo.

De vuelta del colegio, Ismael ha visto un camión aparcado a la puerta de su casa. Por encima de la caja salía una gran grúa que llegaba hasta arriba de la finca. Se ha asustado un poco porque a primera vista parecía que eran los bomberos. Pero enseguida se ha dado cuenta de que el coche no era rojo, ni se oía ninguna sirena, ni se veía humo por ninguna parte. Cuando ha visto que la grúa elevaba un gran baúl, Ismael lo ha entendido todo. Además, había un rotulo en la cabina del camión que decía:

«MUDANZAS SAN MARCELO,  
NUESTROS ÁNGELES LE SUBEN  
EL BAÚL AL CIELO».

La enorme caja ha llegado al cuarto piso, justo debajo del suyo, y dos hombres vestidos

con un mono color miel la cogen y la descargan dentro del balcón.

Ismael llega corriendo a la puerta, con la cabeza levantada y sin dejar de mirar la grúa. Aprieta el botón del portero automático y enseguida se oye una voz:

—¡Cuidado, Ismael! Vigila la grúa... No habrás pasado por debajo...

—No te preocupes, abuela —dice él—, ahora ya estoy aquí en el portal.

En vez de tocar el botón número 5 del ascensor, Ismael ha tocado el 4. Tenía curiosidad por saber qué demonios pasaba en esa casa que siempre había estado deshabitada. Al salir del ascensor, ve que la puerta del 17 está abierta. No puede resistir la tentación y mete la nariz.

—¿Tú quién eres? —suena una voz así como enfadada.

–Yo... eh... pues...

¡Qué aparición! Es una niña de ojos azules, nariz respingona, pelo rizado de color panoja y toda la cara pecosa a juego con la cabellera. No sabe por dónde salir el pobre Ismael. Le han pillado con las manos en la masa. Finalmente ha podido tartamudear:

–Soy... soy Ismael... el vecino de... del veintiuno... es que me he equivocado de botón, y en vez del cinco he apretado el cuatro...

–Encantada, Ismael. Yo soy Melisa –dice ella, muy desenvuelta, y enseguida le señala el cartelito de encima de la puerta y añade en un tono un poco irónico:– Y vivo aquí, en el diecisiete.

–¿Tú sola? –pregunta Ismael. Se ve que al pobre no se le ha ocurrido nada mejor.

–No, hombre... con mi madre, pero se ha ido corriendo al mercado. Es que no tenía-



mos nada para comer... y como ya es hora de cerrar...

–Sí... claro... Pues...

Ismael no sabe qué le pasa. Esos rizos rojizos, ese azul tan intenso en los ojos, esas pecas... Mira, que se le ha puesto un nudo en la garganta y no le salen las palabras.

–Me voy a co... a comer –logra decir finalmente.

–Pues ya nos veremos, guapo.

Guapo, le ha dicho la descarada, y a Ismael le ha parecido que nunca se lo había dicho nadie con una voz tan bonita. Se ha emocionado tanto que sube de tres en tres los escalones del tramo de escalera que le queda hasta casa.

Su abuela le espera en la puerta con cara de malas pulgas:

–¿Cómo es que has tardado tanto, demonio? Ya pensaba que te había caído una caja

encima y te había aplastado como a un gusano.

–Es que me he equivocado y he bajado en el cuarto... ¿No has visto que han venido unos vecinos nuevos? Hay una niña que se llama Melisa y...

–Entra, entra de una vez, que los cilindros de pasta se enfrían.

–¡Viva la abuela! –grita Ismael al saber lo que había para comer.

Mientras devora los macarrones, la abuela le pregunta cómo ha ido el colegio.

–Ay... yo qué sé... –ha dicho él sin dejar de masticar cilindros y con el tomate resbalándole comisuras abajo—. Como siempre.

–¡Cuéntame alguna cosilla, hombre! –insiste ella.

–Pues... el profe de mates nos ha hablado de los números naturales.

—¿Y eso qué es, Ismael?

—Pues los normales... el 1, el 2, el 3...

A la vez que cuenta, Ismael le va enseñando dedos de las manos a la abuela. Al llegar a diez se para porque ya no le quedan más, claro, y entonces dice:

—Se ve que no se acaban nunca.

—Eso no puede ser. —La abuela hace un gesto de contrariedad—. Todas las cosas se acaban: el dinero, los días, el turrón, incluso los macarrones... ¿Lo ves? Ya no te quedan.

—En el plato, no, pero en la cazuela... —dice Ismael mientras se sirve unos pocos más.

—Cuando te los acabes —dice la abuela—, te contaré una historia.

No habíamos dicho que la abuela de Ismael se llama Balbina y es una romancera insuperable. Ah, y le gustan mucho las mates y los viajes. Sabe historias de todos los sitios del



mundo, y las cuenta muy bien. Ismael siempre las escucha con la boca abierta, pero nunca está del todo seguro de si son reales o inventadas. Después de comer, la abuela se sienta en una mecedora e Ismael, en una sillita baja. Y ella empieza a decir que cuando era joven visitó un país en el que solo había cuatro números.

—Eso no puede ser, abuela. Hay los mismos números en todas partes.

—En el Amazonas, no. Fui hace muchos años con tu abuelo, y encontramos unos indígenas que solo tenían cuatro números.

—¿Solo cuatro? —Ismael no se lo explica—. ¿Y cuáles eran?

—El 1, el 2, el 3 y el muchos.

—¿El muchos?

—Sí, cuando había más de 3, decían «muchos» y en paz. Igual les daba que fueran 4 que 40.



–Seguro que eso no lo sabe mi profe, abuela.

–Yo creo que sí, Ismael. Es que los profesores no pueden explicar todo lo que saben; si no, se quedarían sin nada para explicar la siguiente vez.

Ella siempre tenía razón, lástima que, algunas veces, se pusiera un poco pesada con su afición a las matemáticas.